

### III Certamen de Relatos Breves “Rodríguez Almodóvar”

#### Los tiempos de los trovadores han terminado Mónica Rodríguez Hernández

Que mis pensamientos divagasen en torno a aquel tema, podría ser casualidad. No tanto así, que el ambiente estuviera inundado de un pintoresco y extraño deje de amarga añoranza aquella mañana.

El pueblo había ya iniciado su actividad: las campanas de la iglesia danzaban cada hora, espantando a las palomas que anidaban resguardadas bajo los envejecidos aleros del tejado de cuando en cuando; la brisa hacía zozobrar los columpios del parque de la plaza central y arrancaba quejidos a las enrevesadas ramas de los árboles del cementerio; el río sorteaba las rocas y arbustos de la llanura del bosque; y un suspiro se desvanecía en el aire desde el ático de la casa de mis abuelos... A eso. A eso había quedado reducida nuestra Historia: A una niña apoyada en el alféizar de la ventana de sus antepasados con la mirada perdida y la mente embotada por culpa de un montón de aparatos tecnológicos que bien habría desechado yo de mi infancia (y ella, si hubiera tenido criterio propio para hacerlo).

Mi hermana jamás tendría la infancia que yo tuve en aquel pueblo, y yo jamás me aventuraría siquiera a insinuar que la mía fue tan dulce como la que tuvo mi padre en él. Es ley de vida, supongo: vamos a peor, y no hacemos nada por evitarlo. Tenemos facilidades para tener todo, pero no cultivamos nada, ni en el huerto del jardín, ni en nuestras mentes.

Fue así cómo me rebelé. Me rebelé ante aquella mirada ausente procedente de una niña de diez años, cuyos engranajes que motivaban la imaginación se habían oxidado y cuyo único objetivo de aquel día era regresar a la ciudad cuanto antes para volver a calentar esa silla y pasarse el maldito nivel cuatro del videojuego en el que se había atascado. Me rebelé aun sin saber que, aquel día, mi hermana pequeña y yo viviríamos en propia piel una aventura digna de ser relatada por los mejores trovadores en las calles empedradas. Era fácil imaginar las hazañas que manarían de los labios de tal personaje -o tal vez fuera un juglar-, cuya cántiga, si es menester, sería acompañada de un laúd avejentado y un par de acordes por verso. Digna sería cuanto menos, os lo aseguro. Lástima que los tiempos de los trovadores hubieran terminado. Y volviendo al siglo que nos atañe y remontándonos al principio de tal suceso: Quién me iba a decir a mí que, con mis buenos dieciocho años, y con todo lo que se puede esperar ya de un muchacho de esa edad, iba a escribir esa misma mañana, aquella carta para mi pequeña y atolondrada Victoria:

“Lo he visto, Vicky, lo he visto de verdad. Si bien es cierto, no he podido acercarme mucho, pues sus feroces fauces imponían de lo lindo. No sabría cómo describirte el color de su piel, recubierta por completo de escamas. Al principio, parecía verde, pero si le daba el sol, desplegaba un arco iris con más colores de los que jamás pude ver juntos. Y cómo detallar el aliento de sus ollares (los ollares son esos agujeritos que tienen en la nariz para respirar algunos animales como los caballos, por si no lo sabes). Cada vez que expulsaba el aire me mareaba del calor que hacía allí. Pudiera contarte más, pero no sé si eres lo bastante valiente. Sería una pena, porque no puedo seguirle la pista solo. No es que un caballero como yo precise de una dama para resolver tal misterio, pero he de reconocer que no me vendría mal tu ayuda. Cítate conmigo en la antigua casa del herrero, a las diez. Si, por el contrario, decides ser cobarde, olvídate de esto y, por tu bien, no se lo digas a nadie.

Att: Juan.”

- Juaaaan... -le escuché protestar elevando el tono y alargando mi nombre, como suplicando que la dejara en paz y, a la vez, apañándoselas para sentenciar que yo era un inmaduro de cuidado. Desde detrás de la puerta, esboqué una sonrisa de oreja a oreja. Al no obtener respuesta, volvió a insistir. - ¿A qué viene todo esto? ¿Y por qué escribes tan raro? - De nuevo no obtuvo más que un largo y audaz silencio por mi parte. Le escuché chasquear la lengua con fastidio. - ¡No pienso ir! - Y cada una de las palabras que empleó fue acompañada de un fuerte pisotón. (Mi hermana solía enfatizar las cosas de esa manera. Ah, y si la hubiera tenido delante hubiera podido apreciar también cómo sus diminutas pecas desaparecían bajo un aluvión de ira carmesí; al igual que siempre que se avecinaba una rabieta.)

Era toda una declaración de intenciones, pero la conocía más que bien. Había sembrado la duda, la intriga y el primer ápice de emoción. En otras palabras: uno de los engranajes de su imaginación había hecho el primer ademán de girar, un poquito al menos.

Cogí la bici del sótano y pedaleé unas cinco calles sintiendo cómo un amago de lluvia impregnaba mi piel de inofensivas gotitas; pero un poco de lluvia no iba a mandar al traste mi plan tan bien elaborado. Apoyé la bici en las enredaderas, que cubrían por completo la valla de la casa abandonada del que fue el herrero del pueblo cuando mi padre tenía, al menos, la edad de Vicky. Luego empujé donde estimaba estaría la puerta (harto difícil con tanta hiedra) y, con un quejido metálico, me colé dentro del jardín completamente desatendido. Aquel lugar removió recuerdos de mi infancia cuando mis amigos y yo nos colábamos en esa casa para contar historias de miedo, imaginar cómo sería en el pasado o conjeturar acerca de cuántas verrugas tendría el malvado herrero que, según contaban las leyendas, convertía a niños en asado y al asado en señuelo para atraer más y más jovencuelos. Aquel despliegue de recuerdos de mi propia fantasía a la edad de Victoria hizo que, de pronto, aquella empresa que había iniciado hacía escasos diez minutos, cobrara mucho más sentido.

Mi hermana se presentó cinco minutos después. Tenía un gesto mohíno y desencantado que rezaba: “Eh, estoy aquí por no desilusionarte, pero estaba más a gusto en casa. Cuantiosamente

más a gusto. Indudablemente más.” Intenté no reír y poner la cara de entusiasmo y el tono de emoción que venía ensayando por el camino.

- ¡Oh, damisela Victoria! Cuán encantado estoy con su presencia. El cielo llora, como vos veis, pues temerosos estábamos, tanto él como yo, de no contar con su presencia.
- Corta el rollo, Juan, y por lo que más quieras, levántate del suelo –dictó-. El cielo no llora, es solo lluvia.
- ¿Qué tienes ahí, Vicky? —Cambí de tono, algo sorprendido. Desde mi nueva perspectiva de galán arrodillado, podía ver asomar un objeto alargado detrás de su espalda. Algo avergonzada, sacó las manos de detrás del dorso y me mostró un palo de los que tenía el abuelo en la despensa para prender en invierno.
- ¿Un palo? -fruncí el ceño, algo desorientado. Ella negó con la cabeza y se puso más roja que su camiseta. Pudiera decirse que, en vez de carmesí, esta vez se puso tono bermellón.
- Es una espada -concluyó con un hilo de voz.

Estalló un grito de júbilo en mi interior que ahogué a tiempo y, logré sustituir por emoción. Poniéndome en pie y con la voz más aguda de lo normal, comencé una retahíla de frases sin apenas sentido:

- ¿¡Ves por qué quería contar contigo!? Necesito encontrar un arma yo también.

¡Ayúdame! Por algo te he citado en la casa del herrero, ¿no? Iba a conseguir las mejores espadas del reino. Por lo que veo la tuya tiene una hoja muy afilada y... Déjame cogerla... Sí, tiene el peso apropiado para ti: ligera pero estable - Lo cierto es que no la había citado aquí por eso ni por asomo. Ni que decir cabe que estaba improvisando y la alteración me hacía hablar rápido. Ella también había cambiado el gesto y parecía más receptiva.

- Necesitas una espada de azufre -decretó. Mi hermana no tenía ni idea de que eso se trataba de un elemento químico que poco tenía que ver con las espadas, pero asentí con energía y, entre los dos, cogimos un palo bastante consistente para mí.
- De azufre del bueno, sí señor -la blandí como un mosquetero en sus años de decadencia, pero mi hermana aprobó mi destreza asintiendo e imitándome con la suya.
- Cogimos las bicicletas de nuevo en busca de la fiera que nos había sumido en dicha aventura. No hablábamos apenas, pues hacía falta una maestría propia de malabaristas para llevar el palo a la vez que pedaleábamos en las bicicletas.
- Se llama Estrella -anunció Vicky tras un rato pedaleando.

- ¿Tu bic... yegua? -me corregí-. El mío es un frisón negro que perteneció a la Corte del Rey que logró toda esta extensión de tierras. Se llama Noche de la Guardia Plateada.
- LOL.<sup>1</sup> La mía Estrella de la Guardia del Azufre. -Y dale con el azufre. Pero los engranajes giraban un poco más.

Más silencio, aunque un poco de rivalidad entre rocines, que se adelantaban mutuamente de vez en cuando y relinchaban sin parar. Fue mi hermana de nuevo quién cortó aquel “mutis silencioso”.

- ¿Es un dragón, Juan? -Leí en sus ojos la pregunta que llevaba queriendo formular desde que leyó aquella carta.

Nada más pronunciar esas palabras, acudió a mi mente el desfile de páginas de “El libro de los Seres Imaginarios” de Jorge Luis Borges que había consultado con febril impaciencia minutos antes de comenzar a escribir la carta. (Sí, para al final decantarme por el típico y convencional dragón; pero es que realmente dudaba que mi hermana se sumergiese convencida en una aventura en busca de los peces Abtu y Anet o la caza de un Ictiocentauros). Esta vez no disimulé mi sonrisa ni el brillo de mis ojos, que casi reflejaba en mis retinas aquel ficticio encontronazo con la fiera.

- Vicky, deberías ser nombrada guerrero, como mínimo. Efectivamente, es un dragón.
- ¿Y dónde estaba? ¿Deberíamos ir sin un plan?
- Marchó agitando las alas y desapareció en seguida. La primera y última vez que lo vi fue en la cascada. —Ella asintió con determinación y espoleó a su yegua. Creo que, tras esa mirada de audacia, fue cuando dejé de ver bicis y palos. Creo que fue ella la que de repente, aportó la magia que hacía falta como para vernos, de pronto, trajeados con armaduras y un yelmo que agobiaba un poco y me hacía sudar a mares. Mi palo pesaba de pronto como si un acero de un verde azufre radioactivo colgara de un cinturón de cuero negro ceñido a mi cintura. También sentí el movimiento de los músculos de Noche y adapté el movimiento de mi cuerpo a ellos, sujetando las riendas con fuerza. Estaba impresionado y maravillado, a partes iguales. Mi hermana se desenvolvía en esa nueva realidad mucho mejor que yo, había recordado cómo ser una niña gracias a mí, y yo había terminado de evocar al niño que fui, también gracias a ella.

---

<sup>1</sup> LOL : Laughing out loud (Reírse a carcajadas) Jerga adolescente que usa mi hermana desde que mi madre le presta su Whatsapp para enviar mensajes a sus compañeros de clase.

No fue fácil llegar a la cascada. La lluvia había incrementado y un barrizal hacía que los cascos de los poderosos hidalgos se hundieran sin cesar. Nos planteamos seguir a pie y atar los caballos a la caseta de algún humilde campesino, quién quiera que fuera, pero pronto desechamos la idea, ya que ambos caballos estaban nerviosos, casi neuróticos, como si previeran la anomalía en el ambiente y la presencia de una criatura extraordinaria. Es así como optamos finalmente por bajar y, con la espada dispuesta en la mano derecha y las riendas de nuestros caballos en la izquierda, fuimos a pie con los pencos tras nosotros.

Cuando llegamos a la cascada, no hizo falta pronunciar palabra: Dos enormes huellas, de dimensiones tan grandes a las que ningún adjetivo de mi “pantone lingüístico” haría justicia, habían destrozado la vegetación del otro lado del río. Nos volvimos el uno hacia el otro con una mirada cargada de significado y empezamos a experimentar mucho, mucho calor en el ambiente. Nuestros corazones se acompasaron en un ritmo imposible, casi audible, como dos martillos golpeando una tela eran nuestros latidos sordos. Solté la rienda de Noche y cogí la mano de mi hermana pequeña, de pronto preocupado por haberla enfrascado en tan peligrosa misión. Aquel dragón era más real de lo que había podido prever. Me apretó la mano una vez. Ella sabía lo que estaba a punto de ocurrir y, por si acaso así no fuera, una repentina sombra gigantesca nos cubrió por completo confirmando las sospechas de ambos.

- Uno... Dos... -conté mientras miraba al frente, con la vista perdida pero infinitamente concentrado, a sabiendas de que Vicky sabía lo que se esperaba de ella cuando hubiera acabado de contar-. ¡Y tres! - Nos separamos y rodamos en direcciones opuestas, justo antes de que una enorme zarpa cayera dónde hacía milésimas de segundo habíamos estado los dos.

Estrella se encabritó y salió al galope en quién sabe qué dirección. Cuando me repuse de la caída y caí de nuevo (esta vez en la cuenta) de que habíamos perdido a la yegua de Victoria, silbé tan alto como pude reclamando a mi montura. Ésta, por suerte, acudió y, agarrando la silla de Noche, me coloqué a horcajadas y tiré de su propia crin para que virase en dirección hacia donde estaba mi hermana. Un rugido apoteósico estalló en mis entrañas, pero no me dejé amedrentar: no mientras la vida de Vicky corriera peligro por mi culpa. Desfundé mi espada y el brillo del azufre cegó la pupila vertical del dragón irisado el tiempo suficiente como para galopar entre sus garras y recoger a mi hermana del suelo. La coloqué sobre mi frisón y se asió con fuerza a mi cintura. Oía sus gemidos a mis espaldas, estaba aterrorizada. Lo cierto es que yo también. Si hubiera teniendo tiempo para pensar en algo entonces, me hubiera maldecido a mí mismo por no iniciar la búsqueda de los peces Abtu y Anet.

El tiempo pasaba despacio con nuestros cerebros funcionando tan deprisa. Miré un segundo hacia atrás mientras galopábamos en una acalorada huida, y vi cómo una columna de fuego trepaba por la garganta de la bestia, haciéndola luminiscente por unos segundos. No conocía el alcance que tendría la llamarada, pero teniendo en cuenta las dimensiones del animal, nos alcanzaría seguro. Tiré con tanta fuerza de las riendas de Bajo las aguas, vimos cómo el cielo se

volvió completamente escarlata durante al menos diez segundos antes de volver a ser azul. Impresionado, salí al exterior para coger aire y tiré de mi hermana para que hiciera lo mismo, pero no pude moverla. Me sorprendió ver cómo no se elevaba ni un centímetro ni trataba de hacerlo por sí misma y empecé a preocuparme sobremanera. ¿Cómo era posible que permaneciera totalmente estática en el fondo del río con la corriente que habían generado las lluvias? Cuando me sumergí por segunda vez, más preocupado que nunca, centré mi atención en ella por completo y descubrí algo asombroso: El pelo rubio de Victoria ondulaba bajo las aguas dándole un aspecto celestial. Con los ojos cerrados, sostenía el colgante entre las manos que le regalaron papá y mamá por su cumpleaños. Se trataba de una especie de reloj de sol que solía llevar consigo y que no tenía nada de peculiar pero, sin embargo, ahora brillaba y flotaba sobre sus dedos mientras ella pronunciaba alguna clase de ritual ininteligible que me puso los pelos de punta. Las burbujas trepaban por su garganta y se elevaban; alguna, incluso me golpeó la cara al ascender. Yo permanecía hipnotizado, sintiéndome estúpido e inútil. Ante mis ojos y para acentuar mi asombro, se materializó en el agua un arco blanco con flechas de hielo. Cuando mi hermana abrió los ojos con estrépito, el arco y las flechas comenzaron a descender, perdiéndose en el fondo. Sin pensarlo dos veces, los atrapé sintiendo que el contacto con las flechas congelaba mis dedos y salí a la superficie cogiendo aire a bocanadas. Mi hermana salió del agua también, pero no de la misma forma. Se elevó en el cielo. Sí, he dicho bien: se elevó en el aire y permaneció tan estática como había estado en el fondo del río. Socarrona, desafió con la mirada al dragón.

De pronto, comprendí lo que estaba haciendo. Los engranajes de su imaginación habían girado tantísimo que la habían desbordado. Es imposible que perdiéramos ante aquel dragón, pues solo lo haríamos mientras así lo quisiéramos. Sonreí.

- ¡Vicky, elévame! -pedí, burlón.

Con apenas un gesto suyo, me situé a su lado. El dragón rugió amenazante, indignado con nuestra pronta osadía. Situé la primera flecha de hielo en el arco y disparé. La saeta se hendió en la garganta de la bestia con facilidad en el punto que yo había premeditado y le hizo sacudir la cabeza. Sin embargo, mi disparo se derritió junto con mi gozo en cuanto una segunda columna de fuego trepó por su garganta, directa a nosotros. Mi hermana y yo nos miramos y asentimos. Juntos, forjamos nuestro mejor escudo.

- ¡Qué calor! -protestó ella.

- ¡Aguanta!

Y aguantó; al menos lo suficiente como para soportar esa llamarada. El dragón sacudía la cabeza, envuelto en un humo denso y negro que procedía de los surcos de sus fauces. Aunque podíamos vencerle y lo sabíamos, esa estampa seguía imponiendo de lo lindo.

- Vicky, juntos somos fuertes... -grité para hacerme oír entre otro rugido visceral-.
- ¡Tenemos que atacar a la vez!
- Pero, ¿¡Cómo!?
- Tu idea del hielo ha sido brillante, pero sin duda necesitamos más, mucho más-. Para constatar que con el arco no podíamos vencer, lo lance al suelo desde tanta altura que se rompió en miles de añicos.

Aquello le dio una idea a mi genuina Victoria. Sonreí, encantado con su elocuencia y, de nuevo, aunamos fuerzas. Un torbellino helado fue congelando una a una las gotas de lluvia bajo nuestro mandato, paralizándolas. Con un único movimiento por partida doble, se clavaron como agujas en el cuerpo del dragón que, agotado, humillado y dolorido, decidió emprender la huida.

- No volverá -afirmó orgullosa mi hermana mientras descendíamos y volvíamos a pisar tierra firme.
- ¿No lo hará? -Sonreí, a sabiendas de que lo haría siempre y cuando así lo quisiéramos.
- Ella negó con la cabeza, guardándose bajo la camiseta el que ahora volvía a ser un colgante de reloj de sol.
- Estás horrorosa -dije entre risas quitándole parte del barro del pelo en cuanto dejé de ver en ella una maga-guerrero-heroína de la Guardia del Azufre y volví a ver a mi hermana pequeña.
- Y empapada, como tú- -rió también.
- A ver cómo se lo contamos a mamá... -dije recobrando un poco la compostura y recordando que mi bicicleta estaba ahora en el fondo del río.
- No pueden saberlo nunca, Juan -Me dijo muy seria y, al ver mi reacción, supongo que dedujo que necesitaba explicarse más-. Saber lo que ha pasado volvería loca a la gente. De verdad, nadie volvería a estar tranquilo en este pueblo. Es mejor mantenerlo en secreto... Aunque, ya sabes... Aunque no seamos héroes. -La idea de que su proeza quedase en el anonimato no parecía atraerle mucho. La ternura y la empatía que sentí entonces aún me hacen querer comérmela a besos.
- Tienes toda la razón, enana. Pero, ¿sabes qué? No tienes que preocuparte. Nadie lo sabrá jamás.

- ¿Cómo estás tan seguro? Me encogí de hombros.
- Por algo, los tiempos de los trovadores han terminado.

Ella enarcó una ceja, sin entender nada. Ah, pero yo lo entendí todo cuando recibí su abrazo: el más sincero y cálido que he experimentado en la vida...

Pese a la tiritona que teníamos por habernos bañado en el río del pueblo, una mañana cualquiera de lluvia torrencial.